

Capítulo 1

¿RECUERDAS EL INVENTARIO DE COSAS MISTERIOSAS que los liliputienses encontraron en los bolsillos de Gulliver? Entre ellas había un peine que podía usarse de valla, un enorme reloj de bolsillo que emitía un molesto sonido a intervalos regulares, y muchos otros objetos de uso incierto. Una vez yo también fui liliputiense. El modo en que llegué a conocer a mi padre fue trepando sobre él cuando se recostaba en su butaca. De su traje de gala negro podía revolver sólo los bolsillos a los que tenía acceso. Su traje olía tanto a tabaco como a hospital. El bolsillo izquierdo de la chaqueta contenía un cilindro metálico que parecía un cartucho de caza mayor. El cilindro, al desenroscarse, mostraba una serie de embudos niquelados contenidos uno dentro de otro. Se trataba de espéculos. En el bolsillo contiguo encontré un lápiz. Tenía una arandela dorada. Al apretar con una fuerza mayor de la

que podía, al hacer clic, aparecía más trozo del lápiz. En el bolsillo de la levita guardaba una caja de metal que se abría con un chasquido amenazador, poseía un forro de terciopelo que contenía una minúscula bala con un parche de gamuza desplegable al accionar un botoncito. Había también una cajita de plata con un broche en la tapa; y dentro, una pieza de plata unida a la base por una goma elástica, de color violeta oscuro. Si la tocabas te manchabas los dedos de tinta. En el otro bolsillo de la levita de mi padre había un espejo redondo con un agujero en el centro, roto, con banda elástica y hebilla. El espejo me hacía la cara enorme y convertía mi ojo en un estanque donde el iris flotaba como un enorme pez marrón, y mis pestañas se convertían en los juncos de la orilla. A lo ancho del chaleco había una cadena de oro anclada a un lado; aguantaba un reloj, también de oro, con tres compartimentos. El reloj tenía números romanos y una pequeña manecilla segundera. Yo no era capaz, pese a intentarlo una y otra vez, de lograr abrir la tapa, bajo la que habitaban unas ruedecillas con ojos de rubí que brillaban en su movimiento.

Así, tan de cerca, llegué a conocer a mi padre. Vestía camisas blancas a rayas negras muy finas, los puños de las mangas de la camisa abrochados por finos gemelos, y un

cuello rígido sujeto con botones. Encontré muchos de esos cuellos viejos en nuestros cajones de la ropa sucia. Disfrutaba tocándolos; esa mezcla de rigidez y flexibilidad me daba el vago indicio de que algo útil e interesante se podía obtener de ellos. La corbata de mi padre era de textura suave y de color negro; parecía un fajín y se la ataba a la inglesa, como una bufanda. Su sombrero tenía una ancha ala blanda y una banda de goma que lo mantenía rígido, y con la que obtenía unos crujiditos perfectos. Por la casa había un par de bastones. De los dos, uno solía perderse; eran piezas ordinarias, pero mi tío tenía uno especialmente interesante, con un mango de plata en forma de cabeza de caballo. Una persona muy mayor, que se movía con mucha dificultad y que nos visitaba a veces, usaba también otro tipo de bastón, uno con un pomo de marfil. No conseguí nunca fijarme demasiado, pues cuando venía yo me escondía aterrorizado por su forma de respirar. Nunca me di cuenta de que no trataba de asustarme. Era algún tío o pariente lejano, aunque a mí nunca me lo pareciera.

Vivíamos en el segundo piso del número cuatro de la calle Brajerska. Mi padre y yo paseábamos por el Jardín de los Jesuitas o por la Avenida Mickiewicz en dirección a la iglesia ortodoxa de San Jur. No sé por qué llevaba bastón mi padre si

nunca se apoyaba en él. En las mañanas de invierno, cuando había demasiada nieve en el jardín, deambulábamos arriba y abajo por la calle Marszalkowska frente a la Universidad de Jan Casimir, y yo estiraba el cuello para clavar los ojos sobre las enormes figuras de piedra semidesnudas tocadas con curiosos sombreros también de piedra. Inmóviles, interpretaban tareas misteriosas: una sentada; otra aguantando un libro abierto apoyado sobre las rodillas desnudas. Estirar constantemente el cuello resultaba agotador, por lo que sobre todo contemplaba las cosas que pasaban a la altura de la rodilla de mi padre. Una vez me percaté de que él no calzaba los habituales zapatos de cordones, sino otros muy distintos, unos zapatos finos y sin cordones. Las polainas, que siempre llevaba, también habían desaparecido. Le pregunté sorprendido: «¿De dónde has sacado estos zapatos tan extraños?» Y me llegó una voz desde arriba: «¡Qué grosería!» No era mi padre, sino un completo desconocido al que me había arrimado sin saber cómo. Mi padre caminaba una docena de pasos por detrás. Yo estaba aterrorizado. Debió de ser una experiencia inusual y del todo desagradable para que la recuerde tan bien.

El Jardín de los Jesuitas no era especialmente grande y, sin embargo, una vez me las apañé para perderme. Aunque eso ocurrió hace mucho tiempo y siendo yo tan niño no estoy

seguro de recordar el suceso o de haberlo oído en boca de alguien.

Entre unos altos arbustos, tal vez avellanos, pues tenían ramas rojizas, había un enorme barril lleno de agua. Hace treinta años lo utilicé en un relato, El jardín de la oscuridad. Con todo, el Jardín de los Jesuitas no me atraía en absoluto comparado con el Parque Stryjski, porque tenía un pequeño lago en forma de 8, y a la derecha del Parque había un camino que llevaba al fin del mundo. Era tal vez porque nadie se había aventurado, no lo sé. O tal vez porque alguien me lo dijera, a menos de que me lo inventara yo mismo y me lo creyera. El Parque Stryjski tenía una complicada topografía y además estaba asombrosamente cerca de los campos de exposiciones del Este. En invierno y en verano, el parque estaba presidido por la Torre Baczewski, una estructura rectangular cuyas paredes estaban decoradas con botellas coloreadas. Yo pregunté si aquellas botellas estaban llenas de licor de verdad o sólo con colorante, pero nadie parecía saberlo.

Solíamos ir al Parque Stryjski en *droshky*, y al Jardín de los Jesuitas a pie, aunque era una pena porque delante de la Universidad la carretera estaba pavimentada con traviesas de madera especiales que, bajo los cascos de los caballos, producían un sonido como si por debajo hubiera un gran espacio

hueco. No es que no disfrutara caminando por el Jardín de los Jesuitas. En la entrada permanecía sentado un hombre con una rueda de la fortuna. Algunas veces me las arreglaba para ganar una pitillera con cintas amarillas en su interior que mantenía alineados los cigarrillos, pero casi siempre ganaba un espejo de bolsillo de doble cara. Había también carros de helados, pero no me dejaban comer ninguno. Cuando me hice un poco más mayor buscaba a Anusia, una dulce viejecita no mucho más alta que yo. Llevaba gafas con montura de alambre y un cesto con rosquillas. Costaban cinco groszy dos rosquillas, y mis preferidas, las duras, un billete de cinco cada una. Por algún motivo una moneda de diez groszy se llamaba «una de seis», y eso era mucho dinero.

Desde el Jardín de los Jesuitas podíamos ir directos hacia casa, o bien pasar por la plaza Smolka, con la estatua de Smolka en el centro, para hacer una parada en Orenstein y comprar fruta o una lata de compota de cerezas, un festín excepcional. En el escaparate de Orenstein siempre había pirámides de atractivas manzanas rojas, naranjas y plátanos con etiquetas ovaladas en las que ponía FYFFES. Recuerdo la palabra pero no tengo ni idea de qué significaba. Un poco más allá, donde comenzaba la calle Jagiellonska, se encontraba el cine Marysienka, un lugar me desagradaba enorme-

mente, pues allí me llevaba mi madre cuando ya no sabía qué hacer conmigo. No entendía qué ocurría en la pantalla y me aburría de lo lindo. A veces me deslizaba bajo mi asiento, lentamente hasta el suelo frío, y a gatas exploraba entre los pies de la gente, aunque eso también no tardó en aburrirme. Tenía que volver a sentarme y esperar a que la película terminara. Los hombres y las mujeres de la pantalla abrían y cerraban la boca sin sonido, mientras el músico tocaba. Primero fue un piano y después un gramófono, creo.

Pero vayamos a casa desde el Jardín. Desde la plaza Smolka coges por Podlewski, una calle sin interés, y luego dos calles estrechitas, Chopin y Moniuszko, en las que el fuerte aroma de café tostado te advierte de que nuestra casa está allá al lado. La puerta de hierro era negra y sólida, y luego venían los peldaños de piedra. No se me permitía usar la escalera de atrás de la cocina, que era de caracol, y que producía un ruido metálico en el vacío cuando subías por ella. Había algo que me atraía hacia esa escalera; tal vez porque se rumoreaba que había ratas en el patio por el que había que cruzar para llegar a ella. Y era cierto. Una rata hizo acto de presencia en nuestra cocina. Yo tenía diez o doce años por entonces. Algo espantoso: cuando fui tras ella con un atizador, el animal saltó sobre mi pecho. Me escabullí y ya no sé qué hizo la rata luego.

Vivíamos en seis habitaciones y, pese a tanto espacio, yo no tenía el mío propio. Junto a la cocina había un cuarto con un baño tras una puerta pintada del mismo color que la pared, un viejo sofá, un armario feote, y debajo de la ventana había un refundido con un aparador que mi madre utilizaba de despensa. Luego venía un hall, la puerta de entrada al comedor, el estudio de mi padre y la habitación de mis padres. Unas puertas especiales llevaban a la zona fuera de nuestros límites, que eran la sala de espera de los pacientes y el consultorio de mi padre. En nuestro piso yo no tenía un espacio fijo, pero los ocupaba todos cualesquiera que fueran. Primero dormí con mis padres y luego en un sofá en el comedor. Intenté establecerme en un solo lugar de forma permanente, pero por alguna razón nunca funcionó. Cuando hacía calor, ocupaba el pequeño balcón hormigonado del estudio de mi padre. Desde esa base podía atacar a los edificios cercanos, pues sus humeantes chimeneas se convertían para mí en acorazados enemigos. También me gustaba ser Robinsón, o más bien ser yo mismo en una isla desierta.

Hasta donde mi alcanza memoria, lo que más me interesaba era la comida, y así mi mayor inquietud como náufrago era asegurarme el sustento: barquillos de papel rellenos de maíz o alubias, y cuando era la temporada, cerezas, cuyos

huesos hacían las veces de munición para armas pequeñas o simplemente para estrujarlas entre los dedos. A veces me reabastecía de suministros con granos de café o con sobras de los postres que había robado de la mesa. Me rodeaba de platos, bolsas y barquillos, y emprendía la difícil y peligrosa vida de un ermitaño; de un pecador e incluso de un criminal. Tenía mucho sobre lo que reflexionar y deliberar.

En el comedor, aprendí a forzar el cajón del medio en el aparador de mi madre, allí donde guardaba los pasteles y las tartas; sacaba el cajón más grande y con un cuchillo recortaba una fina tira del contorno del pastel, con lo cual nadie notaba que había menguado. Luego lo juntaba todo y me comía los pedazos, lamiendo cuidadosamente el cuchillo hasta dejarlo limpio, para no dejar rastro.

A veces la precaución forcejeaba con el deseo en mi interior al pensar en las frutas confitadas que el panadero utilizaba para embellecer sus creaciones. Más de una vez no pude controlarme y robé la corteza de la naranja confitada, del limón y la corteza de melón que tan deliciosamente rechinaba entre mis dientes. Así era cómo dejaba un rastro imposible de ocultar. Más adelante me atendería a las consecuencias de mis actos con una mezcla de desesperación y estoica resignación.

Los testigos de mis aventuras en el balcón eran un par de adelfas que ocupaban grandes macetas de madera, una blanca y otra rosa. Vivía con ellas en términos de neutralidad; su presencia ni me agradaba ni me preocupaba. En el interior también había plantas, atrofiadas y distantes parientes de la flora del Sur: una oxidada palmera que se mantenía agonizante, pero que no se daba por vencida fácilmente; un filodendro con brillantes hojas, y un pino espigado, o tal vez fuera un abeto, que una vez al año producía unos brotes de fragantes y frescas agujas de tono verde pálido.

En la habitación había dos cosas que alimentaban mis fantasías más precoces: el techo y el gran baúl de hierro. Acostado de espaldas cuando era muy pequeño, podía contemplar el techo, su moldura de yeso de hojas de roble y, entre las hojas, los bultos de las bellotas. Cuando me dejaba llevar por el sueño, pensaba en esas bellotas. Ocupaban un lugar importante en mi vida mental. Quería cogerlas, pero no de verdad; como si entendiera, incluso a esa edad, que la intensidad de un deseo es más importante que su culminación. Parte de ese misticismo infantil pasó al plano de lo real y las bellotas normales y el quitarles las cáscaras me pareció durante años algo portentoso, como una suerte de transfor-

mación. Mi intento de explicar la importancia que para mí tenían fue probablemente en vano.

En la cama donde dormía habían muerto mis abuelos. Fue el abuelo quien nos dejó el baúl de hierro. Era un objeto grande, pesado, inútil, una de esas arcas familiares de una época en la que no existían los ladrones de cajas fuertes profesionales, cuando los ladrones no usaban nada más sofisticado que un mazo o una palanca. El baúl, colocado siempre contra la puerta, entre el dormitorio de mis padres y la salita de espera, tenía unas asas flexibles, una tapa plana con flores labradas, y en el centro una pieza cuadrada que, si se apretaba correctamente en el lateral, se abría para dejar a la vista el ojo de la cerradura. Tal mecanismo podría sonar hoy conmovedoramente naif, pero por aquel entonces se creía que el arca negra era una verdadera obra de arte de todo un maestro artesano. La llave me sobrecogía. Era tan grande como mi antebrazo. Tuve que esperar largo tiempo, impaciente, y crecer un poco para, usando las dos manos y valiéndome de un esfuerzo sobrehumano, ser capaz de girar esa llave en su cerradura.

Obviamente era consciente de que no había ningún tesoro en el baúl. Lo que sí había en el fondo eran algunos periódicos amarillentos, documentos y una caja de madera

repleta de magníficos billetes de mil marcos. Jugué con ese dinero y también con los radiantes billetes de cien rublos de color azul, que eran aún más bellos que los marcos, cuyo color parduzco se asemejaba más a un deslucido marrón del papel de pared. En torno al dinero existía una historia incomprensible, algo que repentinamente le arrebatava su poder verdadero. Si no me hubieran dejado revolver los billetes a mi antojo, hubiera creído que parte de su poder —avalado por las cifras, los sellos, las marcas de agua, y los retratos ovales de hombres con coronas y barbas— seguía latente y sólo dormitaba. Sin embargo, al permitirme jugar con ellos, los despreciaba, tal y como despreciamos algo espléndido que se nos revela como falso. Así, yo no podía confiar en esos billetes para emocionarme, sino que únicamente confiaba en lo que pudiera ocurrir dentro del oscuro baúl cuando permanecía mucho tiempo cerrado; y permanecía casi siempre cerrado, con mi autorización silenciosa, que, claro está, nadie me había solicitado. Sí, en ese interior oscuro podría ocurrir algo. Por eso el hecho de abrir el baúl era un asunto de mucho peso; también literalmente, en vista del tremendo peso de la tapa. De los tres lados salían barras largas, y había que elevarlas y aguantarlas con una serie de palancas especiales; de otra manera, me dijeron, y así lo creía yo, la tapa

al caer podía llegar a aplastar una cabeza. Eso era lo que se podía esperar de un baúl así. No era ni bonito ni interesante; era un objeto triste y desangelado; no obstante, confié durante mucho tiempo en su fuerza interior. Tenía una hilera de huecos en el fondo, por lo que el baúl podía fijarse con pernos al suelo; una gran idea. Pero no había pestillos, ni tampoco eran necesarios. Con los años, el baúl se cubrió con una vieja alfombra y así quedó reducido al nivel de los muebles del menaje de la casa. Humillado de tal manera, ya no era importante. Una vez quise mostrarle la llave a uno de mis amigos: podía haber sido la llave de las puertas de la ciudad, pero la llave se había perdido en alguna parte.

Más allá de la habitación estaba el estudio de mi padre, con una gran estantería de libros de puertas acristaladas, grandes butacas de cuero y una mesita redonda con unas curiosas patas parecidas a cariátides, pues cada una estaba coronada por una cabecita de metal. Desde el fondo, los pequeños pies descalzos, también metálicos, sobresalían de la madera como si salieran de un ataúd. Sin embargo, no me parecía en nada una mesa grotesca, pues yo era demasiado joven como para hacer tales asociaciones. Sistemáticamente procedía a escoplear con una gubia todas las cabezas, una tras otra, y descubría que eran de bronce hueco. Cuando

intentaba colocarlas de nuevo, se iban reabrochando a cada movimiento de la mesa.

El escritorio de mi padre, cubierto con una tela verde, estaba contra la pared y permanecía cerrado con llave, porque guardaba dinero, dinero del de verdad. En algunas raras ocasiones el escritorio podía almacenar tesoros más valiosos, más valiosos desde mi punto de vista: una caja de chocolates Lardelli traída directamente desde Varsovia, o una caja de frutas confitadas. Mi padre tenía que pelearse con un manojo de llaves antes de que uno de esos bocados, racionados como medicamentos, apareciera por fin ante mis ojos. Llegó un momento en que me debatí entre dos deseos opuestos: podía consumir de inmediato las exquisiteces o prolongar en lo posible el deseo, aunque generalmente me lo comía todo de inmediato.

También bajo llave y en el escritorio se guardaban dos objetos muy valiosos. Uno era un pajarito de cuerda metido en una caja de nácar. Decían que procedía de la Feria del Este donde había estado expuesto, y que nunca había estado a la venta. Cuando mi padre vio cómo se abría la tapa de perlas cuando se accionaba una llave en miniatura que mostraba otra tapa con un tablero de damas dorado, y cuando vio cómo saltaba desde allí un pajarillo más pequeño que una

uña, tornasolado, que batía sus alas golpeando con el pico y con los ojos centellando mientras se pavoneaba en círculos y cantando, desplegó todo un arsenal de estratagemas y artimañas para finalmente adquirir esa joya por una suma astronómica. Guardaron el pájaro y pocas veces lo ponían en marcha, así que yo no podía ni tocarlo, pues eso casi seguro hubiera significado el final de esa cosita. Aunque lo adoraba y lo admiraba, al igual que mi padre, yo no podía controlarme. Desde hacía un tiempo había otro pájaro en el escritorio, uno más basto, del tamaño de un gorrión, de cuerda, sin habilidades musicales pero que picoteaba la mesa vigorosamente cuando lo ponías sobre ella. Persuadí a mi padre para que me lo dejara un buen rato, lo cual representó el final de sus días.

Había también algunos adornos en el escritorio de mi padre. Lo que mejor recuerdo eran los anteojos, del tamaño de una cerilla, con monturas doradas de alambre y lentes de rubí, en un estuche dorado. Los adornos menos valiosos se guardaban en la caja de cristal del comedor. Eran fruto del arte de la miniatura: una mesa con tablero de ajedrez con sus piezas fijas en sus casillas a perpetuidad, un gallinero con sus gallinas, un violín (del que arranqué las cuerdas), así como una gran variedad de piezas de marfil, muebles, y un huevo

que se abría para mostrar un grupo de figuras empaquetadas. Y un pez de plata hecho con piezas articuladas que le permitían moverse, y butacas de bronce, cada asiento del tamaño de la yema de un dedo, tapizadas con el más fino raso. De alguna manera —no sé cómo— la mayoría de esos objetos sobrevivieron a la etapa de mi niñez.

En el estudio de mi padre había unos sillones viejos y grandes, y las estrechas pero profundas hendiduras entre los cojines y el respaldo fueron acumulando poco a poco una gran cantidad de objetos: monedas, una lima de uñas, una cuchara, un peine. Yo me esmeraba, tensaba los dedos y los muelles de las sillas, que vibraban como en una protesta dolorosa, a fin de recuperarlos, respirando el aroma de la cola y el cuero viejo. Con todo, no eran esos objetos los que me excitaban, sino que más bien era la vaga esperanza de encontrar objetos —inventados— completamente diferentes y que tuvieran cualidades inexplicables. Por eso tenía que quedarme solo cuando, muy enfadado, empezaba a preocuparme por esos objetos estáticos que se oscurecían con el paso del tiempo. El hecho de que no obtuviera nada más que cosas ordinarias no llegó a enfriar mi ardor.

Y aquí debería advertir al lector acerca de los principios básicos de la mitología que les apliqué. Creía, secretamente,

que los objetos inanimados no eran menos falibles que las personas. También tenían sus momentos de descuido. Y al tener la paciencia suficiente se puede llegar a sorprenderlos, obligándolos a multiplicarse, entre otras cosas. Porque, por ejemplo, un cortaplumas guardado en un cajón puede olvidar a qué lugar pertenece, y uno podría llegar a encontrarlo en un sitio del todo distinto, como en un estante, entre libros. El cortaplumas, incapaz de regresar a tiempo a su cajón, no tendría más remedio en esa situación que duplicarse, por lo que habría dos iguales. Yo creía que los objetos inanimados estaban sujetos a la lógica y tenían que seguir unas reglas definidas, y que quien fuera conocedor de tales reglas podría controlar todo el asunto. De un modo hermético y casi reflexivo me aferré a esas creencias durante años, y aún hoy no estoy del todo libre de ellas.

Como la biblioteca estaba cerrada, me fascinaba. Contenía los libros de medicina de mi padre, los atlas anatómicos, y gracias a su descuido, podía informarme de un modo sistemático y minucioso acerca de las diferencias entre los sexos. Sin embargo, cosa curiosa, me impresionaban mucho más los volúmenes de osteología. Las láminas rojas como la sangre o de ladrillo rojo mostraban a hombres despellejados como la carne cruda que tanto me asqueaba; los esqueletos,

en cambio, eran algo limpio. No sé qué edad tenía cuando por primera vez hojeé los negros y pesados tomos in cuarto con sus dibujos amarillos de calaveras, costillas, pelvis y espinillas. En cualquier caso, no me asustaban esos cuerpos, pero tampoco estudiarlos me aportaba ningún sublime placer; era como hojear un catálogo de piezas del juego de construcción Erector, en el que primero vemos los ejes individuales, las palancas y las ruedas, y luego en las páginas siguientes, las construcciones que pueden hacerse. Es posible que dichos atlas osteológicos despertaran mi interés por construir cosas, que no se dejaría ver hasta más tarde. Hojeé concienzudamente esos libros, y hoy aún recuerdo algunas de sus ilustraciones, los huesos de los pies, por ejemplo, atados por ligamentos y coloreados en azul celeste, probablemente para contrastar.

Como mi padre era otorrinolaringólogo, la mayoría de los gruesos volúmenes de su biblioteca eran obras sobre enfermedades de los oídos, nariz y garganta. Secretamente consideraba esos órganos y sus afecciones de poca importancia, un prejuicio del que hasta hace poco no he sido consciente. De entre la colección destacaba la monumental obra en doce volúmenes en alemán, Handbuch, sobre otorrinolaringología. Cada volumen contaba con no menos de mil

resplandecientes páginas. En ellas podía observar las cabezas fragmentadas en distintas secciones e innumerables maneras, la mecánica completa dibujada y coloreada con extrema precisión. Me encantaban sobre todo los dibujos del cerebro, cuyas distintas espirales se desglosaban vistosamente en los colores del arco iris. Años después, cuando vi en un laboratorio de anatomía un cerebro de verdad por vez primera, me quedé sorprendido (aunque por supuesto ya sabía qué era), al ver una cosa tan deslustrada.

Dado que esas sesiones de anatomía estaban prohibidas, tuve que planearlas con sumo cuidado. Esa preparación estratégica no es en absoluto un privilegio de adultos. Me sentaba como un jinete en el gran brazo chirriante de la butaca de cuero, parapetado por la puerta junto a las puertas abiertas de la estantería, con lo que me daba tiempo a dejar el libro en su sitio rápidamente. Apoyaba el libro contra el respaldo de la silla y en esa posición continuaba mi estudio. Es curioso lo que pensaba en aquellos días. Estaba fascinado por la pureza y la precisión de las ilustraciones. De nuevo, llegaría la decepción años más tarde, cuando siendo estudiante de medicina me di cuenta de que lo que había visto en el estudio de mi padre eran únicamente idealizaciones, y sentí que no existía ninguna conexión entre lo que había

visto en los libros y en mi propio cuerpo. No había nada inquietante en esas láminas; tal vez por ser conceptos físicos, divisiones del cuerpo, y su exhaustiva integridad, que mostraba no sólo detalles anatómicos sino los dedos y garfios empleados para dividir la piel desollada a fin de lograr una mejor observación. También había otros libros con ilustraciones realmente espantosas, aunque demasiado espantosas como para que me asustaran. Eran ilustraciones de heridas del rostro, durante la guerra: rostros sin nariz, sin mandíbula, sin lóbulos ni ojos, y hasta caras sin rostro, sólo un par de ojos entre cicatrices con expresiones que nada me sugerían, pues no tenía con qué compararlas. Podría haber temblado un poco, pero sólo de la misma manera en que se tiembla cuando te cuentan un cuento de hadas. En los cuentos de hadas ocurren cosas terribles. De hecho, se espera que ocurran, y ponerse a temblar se convierte en algo deseado y placentero. Había muchas cosas raras en esos libros: extremidades ortopédicas, narices postizas enganchadas a los anteojos, orejas artificiales en tiras de piel, máscaras sonrientes, e ingeniosos tapones para rellenar agujeros en las mejillas, y dentaduras y paladares postizos. Todo eso se me antojaba una mascarada, un juego de mayores difícil de entender, como tantos otros de sus juegos, pero que no contenía nada

malo ni nada de qué avergonzarse. Sólo había una cosa que me inquietaba, y no era ningún libro. Estaba en un estante frente a una columna vertebral dorada de pesados tomos. Era un hueso temporal extraído por cirugía del oído medio, mediante mastoidectomía. Sólo sabía que se trataba de un hueso, similar en peso y en tacto a los huesos que solía encontrarme en el fondo del plato de mi sopa, pero éste estaba en el estante, como si estuviera colocado allí conscientemente, y me alarmaba un poco. Tenía un olor definido, sobre todo a polvo y a libro viejo, aunque con un hálito de algo más, algo dulzón, podrido. A veces lo olfateaba mucho rato para averiguar de qué se trataba, como si el olfato fuera el sentido que me guiara. Luego, finalmente, sentía cierta repugnancia y devolvía el hueso a su lugar, asegurándome de que quedaba exactamente en su sitio.

Los anaqueles inferiores estaban repletos de pilas de libros franceses en rústica, deshilachados, descosidos y sin cubiertas, además de algunas revistas; una llamada Uhu, editada en alemán. El hecho de que pudiera leer los títulos no ayuda a establecer la datación de ese recuerdo, pues yo aprendí a leer a los cuatro años. Podía hojear una de las desastradas novelas francesas porque estaban ilustradas con entretenidas imágenes fin de *siècle*. Seguro que los textos debían de ser subidos

de tono, aunque esto sea una conclusión que saco hoy, una reconstrucción basada en recuerdos a medias borrados por el paso del tiempo.

En algunas páginas había damas en elegantes y decorosas poses, si bien en las hojas siguientes la dignidad se veía reemplazada rápidamente por la lencería de encaje, o por un hombre que escapaba por una ventana perdiendo los pantalones mientras las damas, enfundadas en largas medias negras y sin más prendas, corrían por la estancia.

Ahora veo que la proximidad de esos dos tipos de libros era peculiar, tanto como el modo en que los hojeaba, subido a horcajadas sobre el sillón y sin importarme nada. Me sentía seguro hojeando desde esqueletos hasta absurdidades eróticas. Yo lo aceptaba todo, como quien acepta las nubes y los árboles. Iba aprendiendo del mundo, acostumbándome a él, y en él no encontraba nada disonante.

En el estante más bajo había un tubo de metal, más ancho en uno de sus extremos. Contenía un pergamino de una rigidez poco normal, un papel amarillento. Fijado al rollo había una cuerda negra y amarilla retorcida que terminaba en un frasquito plano que contenía algo parecido a un diminuto lacre rojo brillante con letras en alto relieve. Era el diploma de medicina de mi padre, en pergamino, y empezaba

con estas enormes y altisonantes palabras: *Summis Auspiciis Imperatoris Ac Regis Francisci Iosephi*. El diminuto lacre —al que cautelosamente intenté hincarle el diente un par de veces, pero no más, porque no tenía buen sabor— era el sello imponente y de cera de la Universidad de Lvov. Supe que el tubo contenía un diploma porque mi padre me lo contó, aunque no tenía ni idea de qué era un diploma. También se me dijo que no lo sacara del tubo, y que ese pergamino estaba hecho de cuero de asno, cosa que no creí. Más tarde fui capaz de leer algunas palabras, aunque no entendía nada. Fue sólo durante mi primer año en el instituto, creo, cuando pude darle sentido a esos grandilocuentes términos.

Este ejemplo del diploma ilustra el proceso de actualización repetida de nuestro conocimiento de objetos y fenómenos. Fui gradualmente pasando niveles, y aprendiendo así la versión siguiente de la cosa, en lo que no había nada destacable. Eso lo sabe todo el mundo. Todos aprendemos la primera versión de la cigüeña y luego la explicación más realista de nuestra propia génesis. El caso es que todas las primeras versiones, incluso aquellas que resultan manifiestamente falsas, no se descartan por completo. Algo de ellas perdura en nosotros; van engranándose con sucesivas versiones y, de algún modo, continúan existiendo, pero eso no es

todo. Así —y pongamos como ejemplo el caso del diploma de mi padre—, no es difícil determinar cuál es la versión correcta, la que cuenta. La clave es la experiencia. La experiencia tiene su peso, su autoridad, y no admite argumentos y sólo depende de sí misma. Y en ese punto se halla el problema, pues el único guardián y garante de la autenticidad de la experiencia es la memoria. Ciertamente, podríamos decir que existen experiencias «dudosas», como en el caso de mis fantasías sobre el baúl negro de hierro. Pero no siempre es posible emitir un juicio tan categórico.

Junto a la estantería de mi padre había una fila de libros estrechamente apilados que yo había dejado de lado, puesto que no estaban ilustrados. Recuerdo el color y el peso de alguno, pero nada más. Ahora no sé lo que daría por saber qué guardaba allí mi padre, qué leía, porque la biblioteca desapareció por completo en el caos de la guerra, como tantas otras cosas que más adelante ocurrirían y que nunca pregunté. Y así la versión del niño —primitiva, falsa, y que, de hecho, no era ni siquiera una versión— perduró como la versión final, una versión que hace referencia no sólo a aquellos libros, sino a una multitud de cosas, algunas sensacionales, que iban jugueteando en mi cabeza. Cualquier intento de reconstruirlas, usando la lógica y las conjeturas, se convierte

en una empresa arriesgada, tal vez en meras fantasías que, además, no están estructuradas en un niño. Por eso creo que no vale la pena hacerlo.

Como decía antes, el comedor contenía, además del habitual juego de sillas y la mesa que se abría cuando éramos muchos, un armario importante, el refugio de los postres, con el anaquel en donde mi madre guardaba los «nips», su especialidad. Junto a la ventana había una alfombra mullida sobre la que me encantaba revolcarme cuando leía, esta vez, mis propios libros. Pero como el acto de la lectura era demasiado pasivo, demasiado simple, apoyaba una pata de una silla en mi pantorrilla o en la rodilla o en el pie, y con pequeños movimientos la mantenía al límite del equilibrio. En ocasiones tenía que parar a media oración para atraparla y evitar así el ruido que sin duda llamaría la atención de mi familia, cosa que no me convenía en absoluto. Pero ahora me estoy adelantando, cosa que suele ser un problema en este tipo de recuerdos...

Hasta donde logro recordar, caía enfermo a menudo. Varias gripes y anginas me obligaron a guardar cama, y por lo general se trataba de momentos privilegiados. El mundo entero giraba a mi alrededor y mi padre investigaba los pormenores de mi estado de salud, y se establecían entre

nosotros ciertos códigos y signos para describir cómo estaba, de una precisión increíble, hasta alcanzar grados infinitesimales en una escala que no existía. Se me aplicaban diferentes tratamientos, algunos de los cuales no eran precisamente agradables, como beber leche caliente con mantequilla. Sin embargo las inhalaciones de vapor resultaban un gran entretenimiento. Traían primero una gran palangana llena de agua caliente, y mi padre le añadía un líquido oleoso de una botella con un tapón roído. Luego se iba a la cocina, donde había calentado previamente una marmita de hierro fundido sobre las llamas. La traía al rojo vivo con un par de pinzas y la colocaba sobre la palangana. Mi tarea consistía en inhalar el vapor aromático. Era un espectáculo maravilloso, la furia del agua hirviendo, el silbido del hierro encendido en un color cereza, y los copos ennegrecidos que descendían, y además yo hacía flotar cosas en el barreño, objetos que tenía, como un patito de juguete o un estuche de madera para plumas. Supongo que nunca fingí el dolor que no sentía. Debí de existir la tentación de hacerlo, pues mi padre no me negaba nada cuando yo enfermaba. El pájaro de la caja de nácar cantaba para mí, y me dejaban jugar con los anteojos dorados con lentes de rubí. Y cuando mi padre volvía a casa del hospital, traía «paquetitos» repletos de juguetes.

Realmente sacaba provecho de la enfermedad. Gracias a un dolor de garganta tuve una gran limusina de madera lo suficientemente grande como para ir sentado a horcajadas sobre su techo. Está claro que hubo otras enfermedades, como la de la piedra en la vejiga; los regalos y juegos en esa ocasión no compensaron el dolor y la fiebre que padecí. Comoquiera que sea, de un modo u otro siempre recobraba la salud.

Cuando estaba bien, podía pasar mucho tiempo a mi aire. Exploraba nuestro piso a cuatro patas, porque al sentirme animal mi sentido del olfato se agudizaba. Tan seriamente me tomaba esa encarnación animal que desarrollé unos ásperos callos en las rodillas, que conservé hasta mis últimos cursos en la escuela primaria.

Y ahora es el momento de hablar de mi lado más vil. Destrocé todos mis juguetes. Posiblemente la acción más patética fue la destrucción de mi querida cajita de música de madera reluciente, la que debajo de una tapa de cristal escondía unas ruedecillas doradas que hacían girar un cilindro de latón que emitía una música cristalina. No disfruté mucho tiempo de esa maravilla. Me levanté en medio de la noche, aparentemente decidido, porque no dudé en nada, levanté la tapa de cristal, y meé sobre la maquinaria. No fui capaz luego de explicar, ante la alarma de mi familia, qué ha-

bía motivado un acto tan nihilista. Estoy convencido de que un psicólogo freudiano me hubiera etiquetado con la terminología apropiada. En cualquier caso, me lamenté frente al silencio de esa caja de música con la misma sinceridad con la que muchos secuestradores asesinos se lamentan ante su última víctima asesinada.

Desgraciadamente no fue un incidente aislado. Tenía un pequeño muñeco, un molinero que al darle cuerda acarrea un saco de harina por una escalera hasta una despensa, y bajaba por otra, cargando, y así sucesivamente, sin descanso, pues los sacos que dejaba en la despensa regresaban de vuelta al pie de la escalera. Y otro muñeco con una escafandra dentro de una jarra precintada con caucho. Si la presionabas, enviabas al buzo al fondo. Tenía pájaros que picoteaban, carruseles que giraban, coches de carreras, muñecas que daban saltos mortales, y yo lo destrozaba todo, sin piedad, sacando las ruedas y los muelles y desmontándolo todo. Aunque para mi linterna mágica de la marca Pathé, esmaltada con el gallo francés, necesité un gran martillo, sus duras lentes resistieron los porrazos durante mucho tiempo. En mi interior habitaba un demonio de destrucción, irreflexivo y repulsivo. No sé de dónde salió ni qué fue de él más tarde.

Cuando fui algo mayor, pero sólo un poco, ya no me

atreví a coger instrumentos de destrucción y a utilizarlos —sencillamente, con inocencia infantil— porque, aparentemente, había perdido esa inocencia. Entonces buscaba varios pretextos. Por ejemplo, que algo en el interior necesitaba fijarse, ajustarse, repararse. Argumentos de poco peso, dado que no sabía cómo arreglar nada. Ni siquiera hacía un esfuerzo. Y aun así me sentía con el derecho a hacer lo que hacía, y cuando mi madre una vez me regañó por intentar clavar mi tren de juguete con clavo y martillo en el aparador del comedor, estuve largo tiempo resentido. Sólo Wicus, un peripuesto muñeco relleno de serrín y con el cabello pelirrojo, quedaba libre de la esfera de la destrucción total. Le hice trajes y zapatos, y luego el muñeco quedó tirado por ahí, seguramente hasta que llegó la guerra. Una vez, con las prisas de una urgencia irresistible, empecé a destrozarlo, pero paré de golpe y realicé una sutura en el agujero que le había practicado en el estómago, o quizás le cosí una mano amputada, ya no lo recuerdo. Con él mantuve largas conversaciones, pero nunca hablamos de aquel episodio.

Al no tener una habitación para mí, iba de cuarto en cuarto, y entre tanto, poco a poco, iba creciendo sin parar. Pegaba golosinas a medio comer bajo la mesa, que con los años crearon verdaderas formaciones geológicas de azúcar.

Con los trajes de mi padre, que sacaba a tirones del ropero, construía maniqués sobre los sofás y las sillas, rellenando las mangas con rollos de papel y completando el cuerpo con lo que tuviera a mano. En la temporada de castañas, intenté hacer algo con esas cositas tan bellas. Me gustaban tanto que nunca tenía suficientes. Incluso cuando rebosaban de mis bolsillos, me metía más en los calzones. Con todo, averigüé que la castaña, privada de su libertad y encerrada en una caja, perdía rápidamente su maravilloso brillo y se apagaba, se deslucía, se arrugaba. Yo había destrozado tantos caleidoscopios que hubiera podido abastecer a todo un orfanato, aunque sabía que sólo contenían un puñado de pedazos de cristal coloreados. Al atardecer me gustaba quedarme en el balcón y contemplar cómo la sombría calle cobraba vida con las luces. El farolero, como caído del cielo, aparecía silencioso, se detenía un segundo bajo cada farola, alzando su caña, y en un instante una tímida luciérnaga brillaba con luz azulada. Durante un tiempo quise ser farolero.

De los dos poderes, de las dos categorías que se adueñan de nosotros cuando entramos en el mundo (¿desde dónde?), el espacio es con mucho el menos misterioso. Experimenta también transformaciones, aunque su naturaleza es bien simple: cualquier espacio se contrae con el paso de los años.

Por eso es por lo que las dimensiones de nuestro piso fueron menguando lentamente, como ocurrió con el Jardín de los Jesuitas, y con el instituto del estadio de Karol Szajnocha II, al que fui desde los ocho años. Es cierto que me fue fácil pasar por alto esos cambios, pues simultáneamente yo iba creciendo de una forma más activa e independiente, e iba aventurándome por la ciudad de Lvov cada vez con mayor atrevimiento. El territorio que me era familiar quedaba encubierto por una serie de aventuras en un campo de acción cada vez más creciente. Es así cómo uno no llega a tener conciencia hasta más adelante de la reducción que se ha producido.

A fin de cuentas, el espacio es sólido, monolítico; no contiene trampas ni peligros. Por otra parte, el tiempo es un elemento hostil, verdaderamente traidor, e incluso diría que va contra la naturaleza humana. Primero tuve grandes dificultades, durante años, con conceptos como «mañana» y «ayer». Confieso —y eso no lo ha sabido nadie— que durante mucho tiempo situé a ambos en el espacio. Pensaba que el mañana estaba por encima del tejado, como si estuviera en la siguiente planta, y que por la noche, cuando todos dormían, bajaba. Claro está, sabía que en el tercer piso no había un mañana sino sólo una pareja con una hija ya crecida, y una

caja brillante y dorada llena de un caramelo verdoso que se pegaba a los dedos. No me gustaba nada ese caramelo, porque me llenaba la boca con el frío del eucalipto, pero me gustaba que me lo ofrecieran, porque lo guardaban en un escritorio que al abrirlo gemía como una cascada. Así descubrí que al subir al piso de arriba no podría sorprender al mañana in fraganti, y que el ayer no estaba debajo nuestro, porque allí vivía el propietario de la finca con su familia. Incluso así, de algún modo estaba convencido de que el mañana estaba por encima y, el ayer, por debajo; un ayer que no se diluía en la no existencia sino que seguía, abandonado, en algún lugar bajo mis pies.

Pero estos no son más que comentarios introductorios y elementales. Recuerdo la puerta, las escaleras, los pasillos y las habitaciones del piso de la calle Brajerska donde nací, y recuerdo a muchas personas, como a los vecinos que he mencionado, pero ahora sin rostros, porque sus caras cambiaron, y mi memoria, ignorando la inevitabilidad de tales cambios, quedó desvalida, como una lámina fotográfica queda indefensa frente a un objeto en movimiento. Sí, puedo vislumbrar a mi padre, aunque veo su figura y sus ropas con mayor claridad que sus facciones, ya que las imágenes de hace muchos años se sobreponen y ya no sé cómo quiero

verlo, si deseo ver al hombre íntegramente en gris o al aún vigoroso cincuentón. Y lo mismo ocurre con quienes conocí durante un periodo de tiempo muy largo. Cuando las fotografías y los retratos se pierden, nuestra completa situación de desamparo contra el tiempo se torna aparente. En la vida se puede aprender de esas acciones muy pronto, si bien se trata de un conocimiento teórico y nada útil. Cuando tenía cinco años conocía el significado de los términos «joven» y «viejo», pues en casa había mantequilla vieja y un rábano joven, y algo sabía sobre los días de la semana e incluso sobre los años (los años veinte eran de un color suave y luego se fueron ensombreciendo hacia 1929), y, sobre todo, creía en la inmutabilidad del mundo. Y especialmente de las personas. Los adultos siempre habían sido adultos, y cuando usaban diminutivos entre ellos me impresionaba un poco: era inapropiado; los diminutivos eran para los niños. Qué absurdo me sonaba que un hombre mayor le dijera a otro: «Stasiek.»

De este modo, concebí el tiempo como una expansión pasiva, inmóvil y paralizada. En su seno ocurrían muchas cosas, como en el mar, aunque el tiempo en sí mismo permanecía detenido. Cada hora de clase en el colegio era un Océano Atlántico que tenía que surcar con brava determinación;

entre timbre y timbre se sucedían eternidades completas, cargadas de peligros, y las vacaciones de verano desde junio hasta septiembre conformaban toda una época. Describo esta increíble duración de las horas y los días como si la hubiera oído sólo por boca de otro, sin haberla experimentado personalmente, porque no podía ni retratarla ni concebirla. Más tarde, imperceptiblemente, todo se aceleraría y no dejaría que nadie me explicara que las impresiones son falsas, porque todos los relojes miden el mismo ritmo del transcurrir. Mi respuesta es que es justamente todo lo contrario: los relojes mienten porque el tiempo físico no tiene nada en común con el tiempo biológico. Físicas aparte, ¿cómo podía preocuparnos el paso del tiempo de los electrones y de los dientes de engranaje? Siempre me pareció que habría algún truco oculto en la comparación, un vil embaucamiento enmascarado por los métodos computacionales que consideraban equivalentes cualquier tipo de cambio. Llegamos a este mundo confiando en que las cosas son como las vemos, en que lo que nuestros sentidos presencian es lo que ocurre, pero luego eso hace que, de alguna manera, los niños crezcan y que los adultos comiencen a morir.

Capítulo 2

LA AUTOBIOGRAFÍA DE NORBERT WIENER ARRANCA ASÍ: «Yo fui un niño prodigio.»

Yo debería decir: «Yo fui un monstruo.» Es posible que exagere un poco pero es cierto que de niño aterrorizaba a los que me rodeaban. Sólo accedía a comer si mi padre se ponía de pie sobre la mesa y abría y cerraba un paraguas, o me permitía alimentarme únicamente debajo de la mesa. De hecho no recuerdo esas cosas; hay principios que quedan más allá de los confines de la memoria. Si hubiera sido un niño prodigio sólo podría haberlo sido ante los ojos de mis tías. Era un niño sensible, sin duda. Tal vez eso explique mi tan precoz afecto por la poesía. Incluso mucho antes de que pudiera leer ya recitaba poemas, a veces delante de los invitados. Había uno acerca de un mosquito que se estrella-
ba contra un roble, pero que no podía terminarlo porque

cuando llegaba al fragmento en que los efectos fatales de su caída eran bien aparentes (el mosquito se partía la crisma), empezaba a berrear y no lograba continuar, porque me daba por sorber con desesperación. Había algunos seres por los cuales sentía una simpatía ferviente y trágica igual que por aquel mosquito. El poder que en mí ejercía la literatura se había revelado *in hoc signo*.

Con cinco años aprendí a escribir, pero no tenía nada importante que comunicar a través de la escritura. La primera carta que le escribí a mi padre, desde Skole, donde había ido con mi madre, fue un conciso relato de cómo yo solito había defecado en un retrete rural que tenía un tablero con un agujero. Lo que no conté en la carta fue que, además, arrojé dentro de ese agujero todas las llaves de nuestro anfitrión, también un profesional de la medicina. Sin embargo, el autor de la travesura pudiera haber sido otro; allí había un niño del pueblo, de mi edad, y no queda claro quién cogió primero las llaves. Repescarlas no fue tarea fácil.

En aquellos días, de todos los espectáculos y monumentos que podían admirarse en Lvov, la confitería de la calle Academia era lo que más me atraía. Debía de tener buen gusto, pues hasta entonces nunca había visto tantos pasteles en un aparador. Se trataba de retablos vivientes sobre mon-

turas metálicas, que cambiaban varias veces al año, telón de fondo para unas poderosas estatuas y figuras alegóricas de mazapán. Algunos artistas de renombre, los Leonardos de la confitería, materializaban sus visiones en el escaparate, y especialmente antes de Navidad y de Pascua, con prodigios de dulce de almendras y de chocolate: los Santa Claus de azúcar, con sus sacos rebosantes de golosinas, tirando de los trineos de renos, y las bandejas de entremeses de gelatina de carne o de pescado, con su capa de azúcar glaseado y rellenos de mazapán, y todo lo que cuento es información de primera mano. Hasta las rodajas de limón en la gelatina eran verdaderas esculturas de confitería. Recuerdo aquellos cerditos rosas con ojos de chocolate, y todas las variedades de fruta, de setas, de carne, de plantas; y había también bosques y campos, como si Zalewski fuera capaz de reproducir un cosmos completo de azúcar y chocolate; sus soles eran almendras peladas; y sus estrellas, almendras garrapiñadas. En cualquier caso ese gran artista era capaz de capturar a mi ilusionada, ansiosa y desconfiada alma en cada estación, y conquistarme con la elocuencia de sus esculturas de mazapán, sus aguafuertes de chocolate blanco, sus Vesubios de crema con lava volcánica de poderosa fruta confitada. Las tartas costaban veinticinco groszy, una tremenda cantidad si

se considera que la rosquilla costaba cinco, y un limón unos diez, aunque supongo que Zalewski te cobraba también los paisajes, dulces y festivas escenas de batalla que rivalizaban con las exposiciones de Raclawicka*.

En la calle Academia había otra confitería, cuyas creaciones interesaban más al estómago que a la vista. De esa tienda guardo menos recuerdos felices. El hermano mayor de mi padre, el tío Fryderyk, una vez me llevó a dar un paseo en un *droszky* de dos caballos. Yo llevaba mis mejores ropas y un cuello blanco de encaje, y acabamos en el dentista, donde me arrancaron un diente de leche. De regreso a casa yo me lamentaba porque mi cuello blanco estaba salpicado de sangre y de babas, y mi tío intentó apaciguar mi indignación comprándome helado de pistacho en aquella confitería. Mi padre, aparentemente falto del coraje para presenciar escenas tan terribles, estaba ausente en esa ocasión.

En los soportales de Mikolasch había otra tienda de dulces, y en ella servían helados italianos. Fue allí, más tarde, donde mi primo Stefan, un niño grandísimo, me retaría a batirme en duelo; duelos injustos, pues comíamos helado y el que comía menos perdía y tenía que pagar lo de ambos. Stefan tenía mayor capacidad. Recuerdo mis regresos a casa desde allí, pasando por las arcadas revestidas de cristales, ca-

minando rígido, sintiendo el estómago como un iceberg de vainilla.

Al comienzo de la calle Academia*, no lejos del Hotel George, había otra tienda, no de caramelos pero muy importante: la tienda de juguetes de Klaften. No sé nada de su escaparate o de su interior, porque esos lugares sagrados se apropiaban de todos mis poderes de observación; yo me aproximaba en un estado de dulce desvanecimiento, con el corazón acelerado, sintiendo que mi avaricia se ponía a prueba y que no tenía elección. En Klaften podías comprar voluptuosamente unas pesadas cajas planas con soldaditos de plomo, unos cañones que disparaban guisantes, fortalezas de madera, tejados, cerbatanas, pero de ningún modo pistolas que usaran munición, pues estaban prohibidas. Una vez al principio de todo tuve un caballo gris de madera. Hoy ya no lo recuerdo, pero conservo el áspero tacto de la crin y de la cola, de pelo de caballo de verdad, en la punta de mis dedos. Enseguida lo llamé *Sir*, pues era grande y espléndido. Era fantástico: jugando con él los jinetes caían y siempre salía victorioso.

El resto de imágenes que conservo de mis días previos al instituto se agrupan en torno a unos sucesos más terribles y violentos que agradables. Sabía dónde vivía mi tía en la

calle Jagiellonska, donde una vez me atacó, en el vestíbulo, un gigantesco pavo*; no tengo ni idea de qué estaba haciendo allí. Durante mucho tiempo me daba miedo entrar al vestíbulo, y podía correr a la velocidad de la luz a través de la oscuridad, entre la puerta doble de madera y la base de los terrible peldaños chirriantes. El camino hasta el piso de mi tía era igualmente espeluznante: atravesaba una galería anexa e inclinada de mala manera sobre un patio, y yo creía que en cualquier momento se iba a derrumbar. También el piso del vestíbulo se inclinaba como la torre de Pisa. Tras una puerta había un salón prohibido, con un suelo brillante de tarima y regios muebles revestidos con fundas de lino. La sala no se utilizaba nunca, e imagino que el mero hecho de su hermética existencia satisfacía a mi tía. Joven omnívoro como yo era, una vez entré, aprovechando un despiste de mi tía o su ausencia, como un pirata atraído de inmediato por el cofre negro, donde una pirámide de grandes frutas de mazapán —manzanas, plátanos y peras— En seguida me hacía señas desde debajo de una tapa de cristal. Levanté el cristal y pellizqué uno de esos tesoros dulces. Fue un milagro que no me rompiera ningún diente, pero tampoco dejé ninguna marca en la superficie brillante. El mazapán era más duro que una piedra;

el tiempo lo había blindado contra mi glotonería. Ése fue uno de mis más amargos desengaños.

Me contaron que casi me ahogo en el lago Zelazna. Estaba sentado en la orilla, y una conocida nuestra jugaba conmigo, tirando de un bastón, y en un momento dado tiró demasiado fuerte. Me hundí hasta el fondo como una piedra, sin tiempo siquiera a asustarme. Todo se volvió verde, luego oscuro, y enseguida alguien me sujetó cabeza hacia abajo y me vació de agua. Hoy recuerdo ese episodio de forma muy velada. Creo que los baños para hombres y mujeres estaban separados, por lo que yo debía de estar con mi madre, en el baño para señoras.

Fui testigo únicamente y no protagonista en otros dos episodios atroces. El Hombre Mosca vino a Lvov, y creo que estaba en el centro de la ciudad, en la calle Legions*, escalando un edificio muy alto. Usaba sólo «un gancho como los del lazo de los zapatos», tal como nos decía nuestra criada; de hecho existían esas cosas, ganchos que sujetaban los botones y los lazos de los zapatos de las mujeres. Tenían un asa metálica y un gancho redondo. La Mosca Humana se cayó, había un gran gentío y policías, y al día siguiente, en la portada probablemente del New Age, vi su fotografía encaramándose por el bloque. Su pálido rostro estaba cubierto

por líneas semejantes a las patas de una araña gigante. Creo que se fracturó el cráneo. No sé qué fue de él después de aquello.

En otra ocasión, el carbón de nuestro sótano comenzó a arder o a humear. Teníamos invitados, y en medio de una partida de cartas sonó el timbre, y de repente nos encontramos contemplando el brillo amenazador del cobre de los cascos de bomberos en el vestíbulo. Tuvo que ser evacuado todo el edificio. Nos quedamos en la calle mirando mientras los bomberos inundaban la bodega con sus mangueras de lona.

Nos tuvimos que ir entonces a casa de mi tío, que vivía allá al lado. El fuego estaba extinguido, pero el miedo se me quedó dentro. Durante mucho tiempo tuve pesadillas en las que el fuego aparecía bajo la forma de una persona blanca y azotada por el viento que cerraba estrepitosamente la puerta de la casa y miraba por las ventanas. Y durante el día, cuando nadie me miraba, bajaba al sótano y tocaba el suelo para asegurarme de que ya no quemaba por las llamas que silenciosamente habían ardido allí abajo.

Del miedo al fuego, sin embargo, no me queda nada. Es curioso cómo en un niño algunas experiencias activan un mecanismo de susceptibilidad patológica, en tanto que en otras no dejan rastro alguno.

Uno de los primeros libros que leí trataba de un chico que cogía un ascensor que se negaba a funcionar o que estaba averiado. Subía disparado al techo del edificio y navegaba sobre la ciudad como un globo. La narración pretendía entretener, sin duda, pero me aterrorizaba, e incluso veinticinco años después, al entrar en un ascensor, seguía recordando esa extraña historia.

Tampoco sé de dónde salió mi fobia por los insectos. Mientras que a mis coetáneos les gustaba coleccionar escarabajos, yo no podía ni tocarlos. Lo mismo me ocurría con las polillas. Por otra parte, no me asustaban los ratones, cosa que me favorecía. Mi madre los odiaba tanto que era yo quien tenía que sacar sus cadáveres de las ratoneras, y cuando no caía ninguno en las trampas, le enseñaba a mi madre desde lejos una rata gris de caucho para ganarme fácilmente la propina por su inhumación. Es impresionante qué pocos recuerdos tengo de mis compañeros de juegos y, sin embargo, la cantidad de sensaciones que conservo de varios objetos. No puedo recordar ni una sola cara de niño, pero recuerdo perfectamente mi aro, e incluso los tornillos que aguantaban su estructura de madera, y cómo aprendí a lograr que el aro volviera a mí rodando. ¿Es posible que sea así porque los objetos se sometían a mí completamente,

ya que los seres vivos tenían voluntad propia, una voluntad que se me resistía demasiado? Todo cuanto me rodeaba, ya fuera de metal o de madera, se convertía en un botín, en mi víctima. Esperé largo tiempo, años y años, a que nuestro gramófono se muriera, o al menos a que se hiciera viejo, y por fin mi paciencia se agotó y lo abrí. No era una máquina con un gran pabellón, como las que había sólo en los escaparates y en las ilustraciones; estaba hecha de madera con una caja resonante, un altavoz interno, y se llamaba, creo, Parthephone. Me encantaba darle vueltas a la manivela. Había algunos discos de «éxitos», uno en el que sólo se escuchaban risas, y algunas canciones populares como *Sube la velocidad y acelera**, y arias, aunque el dispositivo para cambiar la aguja, un regulador de muelle, me interesaba más que la propia música. Lo mismo pasaba con la radio. La primera radio apareció en nuestra casa hacia 1929. Era una caja larga con frontal de ebonita, con botones que tenían surcos y punteros blancos, y enchufes para los auriculares. Aunque había un gran altavoz que parecía un ventilador, a duras penas lograba sintonizar la emisora local. Este equipo monumental contaba con baterías de almacenamiento que requerían recargarse de tanto en tanto. Recuerdo que el primer programa que sintonizamos de la estación de radio de Lvov era *La posada*

de las dos brujas, de Conrad. El narrador tenía una voz profunda. El tío Mundek, casado con la tía Hania de la calle Libertad, venía a menudo para ayudar a mi padre y lo engatusaba con esa caja sueca (la marca era Ericsson) que emitía fuertes pitidos, alaridos y un maullido de gatos eléctricos. Juntos construyeron y ajustaron una antena, una cruz de palo en la que los cables se estiraban de forma rectangular. De vez en cuando captaban, desde más allá de la cortina estática, un chirrido musical que parecía una señal de otro planeta, y se alegraban por haber dado con algo tan extraño. Mi tío anotaba todos los ejemplos destacados que captaban, desde lugares como Milán o Berlín, donde se encontraban las estaciones más potentes de Europa. La más importante era Königswusterhausen. El aparato, además, estaba muy deteriorado, y había quedado desfasado, por lo que llegó el momento de sacar los alicates y el martillo. Lo desmonté y me decepcionó: ni ruedas dentadas, ni muelles, nada, sólo algunos tubos revestidos de cobre, condensadores y todo un revoltijo de cables.

Mi padre sentía temor por varias cosas, y nunca dejó instalar una antena en nuestro tejado por miedo a que atrajera los relámpagos, y en nuestros hornos sólo se quemaba madera porque el carbón despedía humos que podían asfixiar. Yo

debo de haber heredado su actitud, aunque no sus modalidades específicas. Me atraía la electricidad y me reconfortaba, como cuando imantaba trozos de papel con el peine después de haberlo frotado. En cuanto a los gases venenosos, intenté producirlos, en la medida en que me fue posible. Pero esas locuras —eléctricas, químicas, mecánicas—, en realidad las cultivé en los años del instituto. Antes de la década de los treinta me ocupaba en esas cosas triviales y nada originales que suelen llenar la vida de los niños. Primero, llevé a cabo varias metamorfosis con máquinas: fui un barco, un buque de vapor, un avión, puse a trabajar mis pistones, eché vapor, puse la marcha atrás, y esas rutinas me acompañaron casi hasta que me gradué.

Recuerdo que incluso siendo adolescente, cuando vestía el uniforme del instituto y estaba enamorado, iba cambiando de marchas en plena calle, o giraba todo el timón a sotavento y echaba el ancla.

Esas parodias son probablemente un estado normal, aunque pueden incomodar a los demás, a los que aman a los niños por ser sólo niños y no adultos en miniatura. Tengo en mente sobre todo a las mamás de ocho años empujando sus carritos. Un experto nos diría que los niños sólo se están preparando, en sus juegos, para asumir la cultura a la que

pertenecen. En la Edad Media no dudaban en jugar a los caballeros, a asedios y a las cruzadas.

Es también normal la tendencia a explorar el propio cuerpo y sus posibilidades. Eso me indujo a muchas cosas. En cierta época me gustaba ahorcarme, y preparaba la soga necesaria, aunque por supuesto no llegaba hasta el final. Incluso probé con las torturas; por ejemplo, me ataba una cuerda al dedo para hacerlo «dormir», o me ataba a un pomo de la puerta, o me colgaba cabeza abajo de una escalera de cuerda (tenía una), o me introducía un dedo en la cuenca del ojo para ver doble. Pero nunca me introduje guisantes ni judías en la nariz o en los oídos, consciente de las nefastas consecuencias de tales acciones. Después de todo, mi padre era otorrinolaringólogo. No sé de dónde surgió la idea, pero llegué a considerar que el pie, sobre todo un pie descalzo, era la parte más indecente del cuerpo humano. Una vez me enzarcé en una pelea tremenda a propósito del tema con mi primo Mietek, de doce años. (Falleció en Varsovia, como Stefan.) Sentados en el alféizar de la ventana en nuestro piso, intenté convencerle de mi idea, y la cuestión consistía en quién de los dos enseñaba primero su pie. Como en casa no había nadie, nos enmarañamos en el suelo mucho rato, peleándonos. Seguro que a un freudiano le complacería esta confesión, aunque de

mi idea del pie nada perduró, ni me convertí en absoluto en fetichista.

Hago hincapié en estos detalles porque, de alguna manera, se me antojan más interesantes que mis últimos recuerdos. Con el paso del tiempo, un niño se va integrando claramente más en un grupo —en la escuela elemental, en el instituto—, y en su comportamiento se ajusta a ello, o se adapta lo mejor que puede. Su actividad, por consiguiente, se torna menos creativa y dice menos, creo, de sus cualidades innatas, de los demonios heredados en los esquemas de su genotipo, que lo que realizaron sus primeras acciones, ejecutadas a menudo en soledad. Mucho más interesantes y más valiosas que sus primeras actividades, son las primeras inclinaciones, las primeras aversiones, que parecen surgir de ninguna parte; no ésas que vienen luego, sino las que se aprenden y se imitan a menudo irreflexivamente. Los niños, como sabemos, no temen ni a las más terribles deformidades de aquellas personas que los rodean; simplemente no lo notan. Hace falta tiempo para que interioricen las normas de la sociedad. Es verdad que no entramos en el mundo sin criterio para distinguir lo bello de lo feo. Es sólo una simple suposición, pues no sabemos si es posible enseñar a un niño una estética cotidiana e hipotética que sea «contraria» a la habitual.

Pero volvamos a los objetos. La ropa era una excepción; no me interesaba. Esa es mi conclusión, porque no recuerdo nada de lo que llevaba, aparte de un par de pantalones de cuero con tirantes verdes. Tenían una ancha bragueta de lengüeta, con botones de cuerno. Un dispositivo incómodo y peligroso porque era fácil no llegar a tiempo de abrirlo. Recuerdo que deseaba tener una bragueta normal y no una lengüeta como las de los niños pequeños.

Aún no he mencionado las dos habitaciones que consideraba más importantes, porque para mí estaban fuera de los límites: la sala de espera y la consulta. La sala de espera estaba amueblada con butacas enfundadas aparentemente en ébano, porque cuando una vez se soltó un brazo de una de ellas, vi la madera albinegra. Había también un antiguo armario de cristal con «nips»*, pero no de los buenos, y luego bandejas y fuentes plateados que eran regalos de pacientes agradecidos, y una imitación de una daga japonesa, que se hizo pedazos. Había un muñeco que reproducía a un chico de la calle Lvov en un pedestal de madera, anónimo, pues no era de ningún niño en concreto; una gran muñeca con deslumbrantes ojos azules, un abrigo corto lleno de remiendos, varios pantalones, una camisa de rayas y un plátano de fieltro en el bolsillo. No me dejaban tocar al muñeco. Fue así

cómo sobrevivió a la guerra e incluso a los primeros años del conflicto, sucumbiendo a la postre a los ataques colectivos y metódicos de las polillas. En la calle Brajerska siempre había polillas, y el que veía una por la casa tenía la obligación de darle caza, batiendo las palmas con furia, aunque yo, disgustado con la idea de encontrarme con una de ellas entre los dedos, siempre batía las palmas hacia un lado.

La consulta de mi padre era territorio prohibido, y claro está, la exploraba escrupulosamente siempre que tenía la oportunidad. El papel de la pared alternaba con un azulejo de porcelana, había una camilla estrecha y rígida, un armario pequeño lleno de medicinas, y también un pequeño escritorio, una lámpara de gas, un esterilizador, una mesa de metal con instrumentos, una silla blanca para el paciente, y el taburete giratorio y ajustable de mi padre. Era todo muy austero, con una excepción. En el armario había una caja negra con compartimentos ocupados cuidadosamente por las cosas que mi padre, con unos largos tubos para su laringoscopio Brüning, había extraído, cuerpos extraños procedentes de las tráqueas y los esófagos de sus pacientes; cosas bastante inocentes por sí solas, aunque maravillosas si se piensa de dónde habían salido. El inventario incluía una dentadura con dientes torcidos y un pequeño gancho,

un imperdible pescado de la traquea de un niño, broches varios, y judías que habían comenzado a germinar, como si se hubieran propuesto establecerse permanentemente en la nariz de alguien. Había también monedas con cardenillo, y un gran rollo de película. Cuando fui más mayor, mi padre me explicó a veces las circunstancias de la recuperación de tales trofeos y cómo los cazó, con su herramienta Brüning en mano, y me mostraba sus largos ganchos especiales, los ingeniosos fórceps, las sondas. Asombrosa era la historia de un hombre que volvió a respirar tranquilo después de asfixiarse, desfallecer y de ponerse azul. El espéculo de garganta reveló que su laringe estaba despejada, pero mi padre enseguida advirtió un extraño brillo, como de cristal. Resultó ser un trocito de película que aquel hombre, operador de cine, había ingerido junto a un pastel de queso. Nadie sabe cómo llegó aquel trocito hasta el queso. Comoquiera que fuese, se alojó en su garganta e hizo de válvula, obturándola y estrangulándola cada vez que inspiraba. Los objetos ordinarios que mi padre extraía a docenas de sus pacientes, como las raspas de pescado, no iban a parar al cajón negro. Durante las vacaciones era imposible cenar tranquilos sin que sonara el violento timbre de abajo, y mi padre se enfundaba de inmediato su bata blanca, se

ajustaba el espejo en la frente como un enorme tercer ojo, y desaparecía en su consulta.

Yo envidiaba sus triunfos, y de ellos me atraía, más que su naturaleza médica, su carácter deportivo. Y en secreto yo sacaba todos los aparatos del Brüning, conectaba los largos tubos niquelados, encajaba las finas bombillas, e intrépidamente intentaba rescatar de la bolsa de la aspiradora los cuerpos extraños que había previamente colocado. Encendía la linterna térmica que supuestamente una vez achicharró el cabello de un paciente, porque llevaba un broche de celuloide o una peineta en el pelo, aunque eso fue antes de que yo naciera. Y cuando no tenía nada mejor que hacer, llenaba la jeringa de medio litro de mi padre que utilizaba para diluir la cera de los oídos, e inyectaba agua a través de la ventana en dirección al patio. Primero hacia el piso de arriba, luego hacia el balcón del propietario de abajo.

Como he dicho antes, aprendí muy pronto a leer y a escribir. Confeccioné hermosos pergaminos honoríficos para mis padres, decorados con muchos dibujos de flores. Mis primeras lecturas fueron las típicas antologías de cuentos de hadas y poemas como el de aquel mosquito. Tras la guerra di con una colección de poemas infantiles y reconocí algunos que había leído hacía más de treinta años, y me sorprendió

su contenido teniendo en cuenta los seis años de edad de su autor. Eran dramas inverosímiles, inenarrables y emociones que ya no conservaba en mi interior; el asombro, el terror, y también el humor se agazapaban en el transcurso de esos inofensivos textos. ¿Cómo es posible que la historia de una suciedad en el suelo que una escoba no puede limpiar esté tan llena de tristeza, e incluso tan llena de peligros? ¿Por qué contar cuervos sin cola representaba un acto de mágico conjuro, peligrosas invocaciones de ocultos poderes demoníacos? Y lo que aún es más raro es el hecho de que no conté nada a nadie de mis emociones, mis miedos, mis premoniciones. Pero es probable que fuera incapaz de nombrar o expresar tales estados. Y también quizá, creo —asumiendo que era capaz de no pensar en aquéllos para nada— que mi reacción a la lectura era de lo más lógica, y, por consiguiente, del todo normal. En cualquier caso por aquel entonces yo era un instrumento mucho más sensible de lo que soy hoy. No necesitaba demasiados estímulos para levantar en mi mente construcciones enteras de sentimientos y experiencias. Los autores de los libros infantiles no saben realmente qué hacen, no son conscientes del material inflamable con el que están jugando. Podrían creer que simplemente están narrando un cuento instructivo, pero en la mente de un niño

se convierte en un misterio o en una intrincada tragedia. En su intento por entretener enseñan verdades ocultas; con rimas simples, dirigen una mente de siete años hacia la catarsis. Este punto de partida, mis primeras lecturas, fue algo extraordinario. Más adelante, con más tranquilidad y dentro de la normalidad, me sumergiría en los libros.

Fui Mowgli, por supuesto, y el indio Winnetou*, y el Capitán Nemo. Los extraños pasajes se han fijado en mi memoria sin motivo aparente. Tras la guerra me hice con un ejemplar de *El Viaje sin dinero*, de Uminski, y busqué página tras página hasta dar con la frase más hermosa: «La bala surcó los cielos con su rugido inconfundible.» Se refería a la caza de cocodrilos o rinocerontes, aunque desgraciadamente se trataba de una edición revisada, y esa maravillosa bala con su rugido había sido suprimida, para mi gran decepción. ¿Y *El Valle sin salida*? Cosas horribles exudaban en mí cuando lo leí de pequeño. Y qué decir de *La Llamada de lo salvaje*. Su lectura no permitía repantingarse tranquilamente en la cornisa de la ventana o balancear una silla con el pie o estirarme sobre la mesa apoyando los codos sin llegar a inquietarme. Necesitaba la presencia de un adulto para sentirme completamente seguro, e incluso así a veces era horrible. No me gustaba Dickens; era como un otoño lluvioso y sin espe-

ranza. Sin embargo me zambullía en Dumas, y me perdía. Arranqué con inocencia en *Los tres mosqueteros*, y poco después me parecería que no había tiempo suficiente en la vida como para leer esos libros.

Más tarde en el instituto leí todo lo que caía en mis manos, Fredro y May, Sienkiewicz y Verne, H. G. Wells y Slowacki y Pitigrilli. Todos ellos apetitosos.

Al leer, solía comer algo. Creo que ya he dejado claro que era un glotón. Y también un enamorado. Ha llegado el momento de mencionar a la primera mujer de mi vida. Ocurrió en un curioso zigzag. Primero fue Mila, nuestra lavandera. Tendría yo unos cinco años y ya quería casarme de inmediato. La pobre mujer sufría de varices. Por entonces no había lavadoras, y hacer la colada convertía la casa en una especie de infierno sofocante, como mínimo la cocina y las habitaciones contiguas. Se colocaba un enorme barreño en el centro, los fogones gorgoteaban como un volcán, y luego el timbre de madera se alzaba y emitía un horrible barullo. Yo me quedaba en medio sin que me preocupara aquel caos.

Luego me enamoré de la maestra en la escuela elemental. No recuerdo su aspecto, pero recuerdo que un día golpeé con los nudillos a mi compañero de pupitre. En el colegio

no solías recibir más que un golpecito con una regla en la palma de la mano, si bien ese chico era duro, frío, un insubordinado, arrogante, y mi enamorada lo zurraba hasta que una nube de polvo emergía de sus calzones. Ni lloraba ni decía nada, cosa que me impresionaba enormemente. Me fui especializando gradualmente en el amor no correspondido. A los diez años me enamoré locamente de una chica unos cuatro años mayor que yo y, por tanto, prácticamente adulta. Paralizado, la observaba a distancia en los Jardines de los Jesuitas. Por aquel entonces estaba gordito. Mi cuerpo había empezado a tomar la forma de una pera, más ancho en la mitad inferior de mi cuerpo. Y cuando entré en el instituto ya parecía una pera de verdad. Tenía la cara rechoncha y los ojos saltones, pues era curioso por naturaleza, con la boca siempre abierta, lo que por lo visto pensaba yo era muy atractivo. Por entonces pocas probabilidades de éxito tenía; comoquiera que sea, no aspiraba a grandes logros, pues no sabía qué hacer con las chicas aparte de perseguirlas al atardecer, en el Jardín, de seto en seto, y asustarlas con la linterna. En consecuencia mi amor por la chica en el Jardín de los Jesuitas no tuvo acción ni desarrollo alguno, y sin embargo fue inusualmente intenso. Casi seguro que se lo comenté a mis padres, pues de no ser así no me habrían

permitido pasar tanto tiempo en mi puesto de observación. Ella seguramente no sabía nada de mí; no intercambiamos ni una palabra. Y no obstante aún hoy veo con toda claridad su perfil, su barbilla, sus labios.

Es curioso cómo esos amoríos platónicos no interferían con los flirteos (si es que eran flirteos) de naturaleza más terrenal. No tendría más de ocho años cuando mi padre, al entrar en la cocina, me encontró pellizcando el trasero de una criada. Violento, dijo algo como, «Ah, sí» o «Ah, disculpe» y rápidamente se escabulló. También es curioso que recuerde cosas de aquellos años, e incluso sentimientos, pero ningún pensamiento. Es posible que mis pensamientos no fueran nunca más allá del círculo de los datos inmediatos o de la experiencia física. En la calle Slowacki, al otro lado de la Central de Correos, estaba la oficina de la Cunard Line, y en todas las ventanas se exhibía un modelo de un transatlántico. Esos buques magníficos me acompañaban, llenando mis sueños; tenían de todo, tornillos de bronce en los timones, aparejos, mástiles, interminables compuertas en hilera, cubiertas, puentes, botes, escaleras y chalecos salvavidas. Pensaba en esos buques con un apetito desesperado, casi igual que Jack *el Destripador* pensaba en las mujeres que no habían caído entre sus garras. Seguro que sus fantasías eran tan incruentas como

la mía frente a las ventanas de la Cunard Line. Así, fue tal vez buena cosa que ninguna de esas maravillas de dos metros llegara a caer en mis manos, pues tarde o temprano hubiera ido a por un martillo.

El niño que era, me interesa y al mismo tiempo me alarma. Ciertamente, asesiné sólo muñecas y gramófonos, aunque debéis recordar que era físicamente débil y temeroso de las reprimendas de los adultos. Mi padre nunca me pegó, y mi madre me dio a veces algún cachete, eso fue todo, aunque había otros medios y métodos, menos directos, desde las reprimendas hasta quedarse sin el postre. Si los críos de cuatro años de edad tuvieran la misma fuerza que sus padres, el mundo sería un lugar diferente. Realmente son especies separadas, y no menos complejas que los adultos, si bien su complejidad estriba en un terreno distinto. ¿No destruí acaso mis juguetes por pura desesperación? ¿No me lamenté luego de su pérdida (independientemente de los castigos impuestos)? ¿Y por qué, si era tan tímido, me atraían las situaciones de peligro? Algo me llevó a asomarme tanto como fui capaz en la ventana, aun cuando sabía por el ejemplo de la Mosca Humana qué implicaba una caída desde un tercer piso. Re-

cuerdo el susto que le di a mi abuelo durante unas vacaciones de invierno en el pueblo de Tatarow, cuando gateé por debajo de una locomotora justo antes de que arrancara. Lo hice sólo para ver cómo se partía una estalactita que colgaba. Temí por un momento que si arrancaba el tren me mutilaría las piernas, pero evidentemente necesitaba con urgencia hacerme con esa estalactita. ¿Acaso podría tratarse de lo que los psicólogos denominan comportamiento compulsivo, algún tipo de obsesión? En realidad atravesé por periodos en que contaba puertas y ventanas, por fases de complicados rituales; al andar evitaba las grietas de las aceras, y tenía espantosos problemas al respirar. Intentaba aguantar la respiración todo lo posible, o respiraba de una forma especial, no sólo aspirando sino cortando la respiración, sobre todo antes de dormir, y así colocaba bajo la cabeza mi almohada pequeña y la otra más grande fuera de la manta, y cosas por el estilo.

A veces cuando andaba enfermo, pero también estando sano, tenía extrañas sensaciones llamadas, como aprendí treinta años más tarde, alteraciones de la imagen corporal. Permanecía en la cama con las manos sobre el pecho y, de repente, empezaban a crecer, mientras que por debajo de la increíble masa yo me hacía cada vez más y más pequeño. Eso ocurrió varias veces, y sin duda siempre estando despierto.

Mis manos crecían hasta alcanzar el tamaño de montañas, los dedos se mutaban en gigantescas bóvedas cerradas en una monstruosa elefantiasis. Estaba asustado, pero sólo un poco, era tan extraño..., y no se lo conté a nadie.

Capítulo 3

AHORA VEO QUE ERA UN NIÑO SOLITARIO, pero no me había dado cuenta. Quería un hermanito o una hermanita, aunque me temo que lo que quería de verdad era un pequeño esclavo. Me gustaba leer los habituales anuncios de la prensa en los que los padres daban a sus hijos en adopción. Era un hecho muy común. Pensaba que si nos hubiéramos quedado uno de esos niños hubiera sido maravilloso. En general, ese deseo hoy me parece un tanto sospechoso. Los otros niños no solían venir a casa de visita. No es que nunca vinieran, pero era más una excepción que la norma.

Los domingos de verano y de otoño solíamos salir de paseo fuera de la ciudad, siempre al mismo sitio, al jardín-restaurant del Señor Rucki, que estaba en la carretera que llevaba a casa de mi tío, cerca del peaje*. Pagar el peaje era un entretenimiento interesante que rompía la monotonía

del viaje. Yo me sentaba con el conductor del *droshky*, está claro. Se llamaba Kramer o Kremer, pero yo le llamaba *el Gordito*, y le pegaba. Era un hombre chaparro, con el rostro colorado, y muy pacienzudo conmigo. De él aprendí lo básico sobre los caballos, como el hecho de que el caballo respeta y obedece al hombre porque sus enormes ojos todo lo magnifican, por lo que ante ellos los hombres son más grandes que ellos mismos.

De ahí que los caballos sean asustadizos: ¡creen que todo es enorme! Durante las largas horas que mi padre, junto con el tío Fritz y los demás pasaban bajo los árboles frutales jugando a las cartas, yo tenía que encontrar algo en que entretenerme. El Restaurante de Rucki tenía una bolera, si bien durante años me faltó fuerza para poder tirar los bolos de madera. En ocasiones, además de mantener debates teóricos con el Gordito le convencía para que desenganchara el caballo y me dejara montar un rato. Cuando se negaba a hacerlo, siempre lo hacía muy educadamente. Cuando se dormía en el *droshky*, con los pies apoyados en el asiento del conductor, yo me arrastraba hacia las matas de frambuesas, repletas de espinas crueles. Como último recurso, me acercaba con sigilo a la partida de cartas. Me intrigaba mucho la rigidez del sombrero hongo de mi tío. Intentaba con todas mis fuerzas

arrancarle la corona, pero se me resistía, como si debajo del fieltro negro hubiera una placa de acero.

Seguro que lograba divertirme, pues no recuerdo haberme aburrido. Y es que en el fondo tenía de todo: juguetes, libros, plastilina para moldear y con la que hacía elefantes y caballos (aunque cada vez me salían peor), clases distintas de salchichas y muñecas. Sacaba un trozo de plastilina de la barriga de las muñecas e insertaba pequeños intestinos, hígados, pulmones, también de plastilina, pues por aquel entonces tenía nociones de cómo eran los órganos internos. Prefería la plastilina multicolor, porque así podía retirar la barriga del paciente y amasarla hasta lograr una masa de diferentes capas de color, mezclarla y estirla, y a partir de esa «pasta» podía formar a la próxima víctima, y así sucesivamente.

Antes de ir al instituto no era un niño independiente, y aparte del vecindario no conocía demasiado bien Lvov. Conocía un poco la calle Kazimierz y los alrededores de la cárcel de Santa Brígida*, un sombrío edificio de gruesos muros, cercano a la calle Bernstein, donde el tío Fritz tenía su despacho de abogado. Y la magnífica y enorme calle Grodecka, por la que pasábamos cuando íbamos a la estación, al final del bulevar Foch.

El tío Fritz vivía en la calle Kosciuszko, cerca de Brajerska,

a la que me dejaban ir solo, aunque nunca iba. Siempre me había dado miedo su piso, por la alfombra de oso plantada en medio del salón, con sus garras y mandíbulas abiertas de par en par. Pasó mucho tiempo hasta que me atreví a meter los dedos dentro de esa boca. Quería mucho al tío Fritz, aunque una vez me gastó una broma cruel. Me trajo un regalo en un paquete enorme y yo me abalancé sobre él para desenvolverlo. Sudando y temblando me vi frente a todo aquel envoltorio, con una muñeca entre las manos más pequeña que una alubia, mientras mi tío se reía a carcajadas. Yo me quedé profundamente afectado.

Si acababa yendo a la calle Kosciuszko era por el gran piano negro que nadie tocaba. Me gustaba la oportunidad de asaltar el teclado, las atronadoras cacofonías que con él lograba. No tenía oído y, gracias a Dios, a mis padres no se les ocurrió inculcarme la disciplina musical a través de clases o del estudio de un instrumento. Además de las numerosas y pesadas cortinas de las puertas de tía Niunia, la segunda mujer de mi tío, mujer muy cariñosa, en el piso de la calle Kosciuszko había muebles lujosos, sin duda réplicas estilo «Luis-lo-que-sea». Recuerdo un espejo con un marco dorado (¿tenía patas de león?); una águila sobre un pedestal de madera pintada con un niño africano montado sobre ella;

un candelabro con mil piezas de cristal del arco iris; y un puchero de cobre sobre una hornacina sin ventanas; lo más interesante era que no servía para nada.

En su generosidad el tío Fritz me permitía llevarme a casa volúmenes de las viejas enciclopedias Brockhaus y Meyer que se amontonaban en su despacho. Eran tan pesadas que no podía llevarme más de una, ni tampoco podía leerlas pues no entendía el alemán. Pero estaban repletas de tablas, de ilustraciones y de grabados; dediqué mucho tiempo a esos tomos gruesos y polvorientos. El mundo que ilustraban, en la década de los años veinte, era un mundo fosilizado, un anacronismo, aunque eso no me preocupaba. Los trenes de 1880, los puentes de hierro con sus armazones enguirlnaldados, las locomotoras con humeantes chimeneas, los pasajeros, los caballeros barbudos, todo eso me resultaba maravilloso, encantadoramente inefable. Y aquellas viejas dínamos, los dispositivos con los radios de las ruedas gravados*, los motores eléctricos, y todo tipo de inventos contemporáneos como los coches sin caballos que funcionaban con baterías (éstos estaban en el suplemento del último volumen). Me divertía que los libros, los cuales contenían de todo, mostraran una cosa junto a la otra: elefantes, pájaros, plantas, reconstrucciones de mamuts, mesas de colores con medallas prusianas, retratos de

gobernantes, fisonomías africanas, jarrones, alhajas. Buceaba deliciosamente en la enciclopedia, pasando cada página sucesivamente sin perder detalle. No recuerdo si sabía qué tipo de libro era ni para qué servía. Seguramente no me preocupaba. Y aunque no entendiera que se trataba de una catalogación y descripción de un mundo entero, o, más bien, de un corte transversal del mundo realizado en la década de 1880, como mínimo comprendí un axioma: todas las cosas eran igual de buenas, aunque claro está, no todas tenían el mismo interés. Y eso fue el complemento perfecto a las exploraciones que llevé a cabo en la biblioteca de mi padre. Más de un grabado me inspiraría posteriormente, cuando me invadió la pasión por inventar cosas. Además, la enciclopedia, cuando alcanzó el derecho de estancia en nuestro piso y fue colocada en la vieja repisa blanca de la habitación contigua a la cocina, me sirvió de escondite. Entre algunos volúmenes quedaba espacio suficiente como para que escondiera frasquitos con mezclas secretas o de distintos alcoholes que discretamente sacaba de las botellas de la alacena del salón.

Me es más sencillo hablar de los objetos de mis primeros años de vida que de las personas. Aunque sólo los objetos

—si puede decirse tal cosa— fueron honestos conmigo, fueron del todo sinceros, no escondieron nada: aquellos que estaban a mi alcance y los que yo destrozaba, así como los que no controlaba. Naturalmente, mis padres y parientes tenían motivos para no confiar en un niño. Es simplemente de lo más natural. Con todo, a veces sus problemas me afectaban, en ocasiones de una manera fragmentada, incompleta y poco clara, o incluso sólo al recordarlos. *A posteriori* aprendí más de una lección, y pude completar esta historia con explicaciones y notas que dejarían las cosas en una perspectiva real; esto es, la perspectiva de un adulto, ordenando una historia circunscrita a un punto de vista que dejaría muchas grietas. Pero eso es exactamente lo que no quiero. No pretendo crear esa doble perspectiva, porque tampoco estoy escribiendo una historia de mi familia o de sus miembros individuales. Mi objetivo es mucho más modesto: sólo me intereso por el niño que fui. Un niño, a fin de cuentas, no considera su mundo incompleto, no ve las grietas, ni necesita situarse en un futuro nubloso para tener un punto de vista ventajoso*. El niño actúa instintivamente, no por elección, pues no es consciente de que constituye una excepción en el mundo de las situaciones adultas. Alguien que describa una sociedad que practica la magia no ha de indicar que sus creencias

no son válidas, no ha de criticar, ni hablar de la locura, ni enarbolar la racionalidad como lo opuesto a la superstición, ni negar constantemente la autenticidad de los fetiches y la eficacia de los hechizos. Si los hechizos no tienen una consecuencia real sobre el mundo material, al menos logran un efecto —una superior y decisiva influencia— en quienes creen en ellos. Lo mismo ocurre con un niño. Lo que para él tiene importancia es lo que experimenta, y no la correcta interpretación de los hechos; la criba de tales hechos no es un asunto de versiones reales frente a versiones falsas, sino que se realiza de manera pasiva, bajo la dirección silenciosa de la memoria, y en la que no cabe posibilidad alguna de réplica sobre lo que ésta registra.